



Bogotá, carrera 17 con calle 36
2007



Paula Gutiérrez
María Eugenia Martínez*

De la autonomía a la soberanía

* El artículo es el fruto del diálogo entre la hija, antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia y magister en estudios de la globalización en Alemania y su madre, trabajadora social, jubilada de la misma Universidad e integrante del Grupo Mujer y Sociedad.

A partir de la segunda mitad del siglo XX, diferentes vertientes feministas han interpelado la idea moderna de la ciudadanía. Durante estas décadas, las mujeres irrumpimos con una voz y un cuerpo propios, “...[re]descubrimos con asombro los caminos del saber y recuperamos, aunque tímidamente, el control de nuestro cuerpo gracias a la anticoncepción, verdadera revolución y primera grieta importante al patriarcado que empieza a perder el control sobre el cuerpo de las mujeres...”

Tanto el control de la natalidad como el acceso al conocimiento por mucho tiempo negado a las mujeres “... fueron determinantes para iniciar un trabajo de deconstrucción de los viejos parámetros decimonónicos de feminidad y construir una nueva identidad que nos permitió a las mujeres adueñarnos de nuestro cuerpo después de 5.000 años de enajenación”¹.

Con posterioridad a las vertientes del feminismo radical, de la igualdad y de la diferencia, se han desarrollado “... tendencias más autónomas... tanto en su propuesta teórica como también organizativa... Ejemplo de ello fueron los grupos de autoconciencia, con la definición de la política desde lo personal, que permitió analizar la autonomía de nuestros cuerpos y nuestra sexualidad, además del surgimiento de teorías importantes para analizar distintas instituciones patriarcales como la familia, el matrimonio, la pareja, el racismo y la heterosexualidad como régimen e institución política, lo que evidenció una epistemología feminista bastante autónoma en el pensamiento frente a la propuesta de la modernidad”².

Esta postura epistemológica instala el poder en la vida cotidiana: en la escuela, en la casa, en la calle y no solamente los canales formales del poder; desplaza lo político de la plaza pública y lo ubica en el centro de la vida privada.

1 Revista *En Otras Palabras*. Mujeres, Cuerpos y Prácticas de Sí. 2001. No. 9.
2 Curiel, Ochy, “Un recorrido por la autonomía feminista. A propósito del Encuentro Autónomo realizado en México”, en: Revista *En Otras Palabras*. Mujeres, Feminismos y Democracia. 2009. No.17.

Desde esta perspectiva, recobra gran importancia el mirar con lupa la cotidianidad de nuestras instituciones sociales y el poder de los imaginarios de género en la diferenciación social. Así, escarbando en las formas íntimas del poder, se ha construido una “... propuesta ética, política y de transformación del mundo todo desde las mujeres, para nosotras mismas y para toda la humanidad”³.

El feminismo ha resignificado las ideas de ciudadanía y autonomía, en la medida en que las liga con el control del cuerpo en la vida cotidiana, y resalta a las mujeres como sujetos de derechos particulares, dueñas de sí mismas, constructoras de sus propios derroteros y de su propio conocimiento.

Nuestra propuesta en este texto es rescatar una concepción ancestral de la feminidad, basada en descubrimientos arqueológicos recientes que nos hablan de la soberanía de la diosa para, desde allí, plantear algunas tensiones y preguntas que nutran la discusión sobre la autonomía y la ciudadanía en este comienzo del siglo XXI.

Esto supone el ejercicio de pasar de la visión histórica inmediata y crítica, hacia indagar en la historia lejana de la humanidad y redescubrir a la diosa como una deidad primigenia que fue desplazada hacia los márgenes, desde hace tres mil años, por los dioses masculinos de religiones monoteístas tales como el judaísmo, el cristianismo, el budismo, el zoroastrismo y el islamismo.

El retorno a los orígenes es pertinente para dar plenitud de sentido a nuestro estar y quehacer en el mundo. Esto supone, a su vez, aprovechar a la diosa para re contextualizar y buscar la clave de nuestra existencia. Esto significa, también, dejar de buscar nuestro lugar desde la deconstrucción de una cultura que nos vilipendió y dividió, y aceptar la invitación de retomar el fondo de una filosofía antiquísima que ubica a la mujer como soberana de la vida y la creación.

Se podrá pensar que la filosofía de la diosa, por ser tan sólo un mito ancestral que nada tiene que ver con nuestras realidades de hoy, no es suficiente para construir y explicar nuestras concepciones de lo que somos como seres humanos, con nuestra corporeidad y nuestras relaciones

3 Una declaración feminista autónoma, México, 2009.

sociales y simbólicas. Sin embargo, recordemos que “*Los mitos no son historia, pero se manifiestan en el tiempo y crean la historia, y por lo tanto se visten con el lenguaje del devenir y el cambio. El mito según la evocadora frase de Joseph Campbell: es la abertura secreta a través de la cual las energías inagotables del cosmos se vierten sobre las manifestaciones culturales humanas*”⁴.

Rememoremos, también, que el mito es un conjunto de creencias, en este caso religiosas, fruto de la imaginación y el despliegue creativo de las artes, acerca de elementos trascendentales tales como el origen del mundo y de la humanidad, su destino presente y futuro, las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza. Todos estos temas inciden en el ordenamiento de las relaciones sociales, en las diferenciaciones entre lo femenino y lo masculino, en las divisiones del ciclo vital e, incluso, en los estilos de vida cotidiana.

Para revitalizar la soberanía de la diosa y ponerla a conversar con la autonomía y la ciudadanía femeninas en el siglo XXI, nos centraremos en dos dimensiones que han sido esenciales en el pensamiento feminista. Estas son: el cuerpo y el conocimiento. Desde el diálogo con estas dos dimensiones, queremos plantear algunas ideas sugerentes sobre los caminos para construir una ciudadanía y una autonomía, inspirada en la soberanía de la diosa, que nos ligue con el mundo y con la vida.

El dominio del cuerpo

Un primer punto que queremos abordar es el de la autonomía, entendida como el control del cuerpo, especialmente a través de los métodos de anticoncepción. En contraste, la filosofía de la diosa nos sugiere la soberanía como *génesis suprema de la vida*. Esto se ve reflejado en las imágenes corpóreas de la diosa, en sus múltiples variaciones elaboradas por distintas culturas a lo largo y ancho del planeta.

En estas imágenes de la diosa, el cuerpo se manifiesta en unión con el espíritu, la sabiduría y el poder creador. A partir de ellas es posible visualizar la soberanía de las mujeres. La iconografía incide profundamente en la conciencia de sí y la corporeidad es el fruto de la conciencia

⁴ Baring, Anne, Cashford, Jules. *El mito de la diosa. Evolución de una imagen*. Fondo de Cultura Económica. México, 2005, p.357.

y reflejo de la imagen, así como de la filosofía acerca de la vida. En estas representaciones sobre la diosa encontramos valores, significados y símbolos orientados por la filosofía del ciclo vital, la unidad de los seres humanos con la naturaleza y la conjunción de lo masculino y lo femenino. La presencia de la diosa nos sugiere una idea de las relaciones sociales como algo más complejo que la suma de las partes, o la oposición conflictiva de la diferencia.

Pensar la autonomía desde la soberanía de la diosa, nos sirve como metáfora de un cambio en las formas de ser ciudadanas. Esto es, entre la necesidad de diferenciarnos y apartarnos para solicitar reivindicaciones desde un lugar particular, hacia la instalación plena de las mujeres en el seno de la humanidad. La soberanía de la diosa nos presenta la autonomía como un ejercicio relacional, y no como un acto aislado u opuesto del resto de la sociedad, como un ejercicio que involucra a todo el cuerpo social, y no solamente a un cuerpo que decide sobre sí mismo. Igualmente, la soberanía, hoy en día, “*Se refiere a un principio sobre la acción del poder y a quienes tienen la capacidad de decisión para auto-determinar su destino*”⁵.

Por otro lado, al enaltecer el rol de la mujer en la creación y reproducción de la vida, la diosa nos abre la posibilidad de rescatar la corporeidad avergonzada, vista como impura y pecaminosa por las tradiciones religiosas monoteístas dominantes. En el mito de la diosa, las sacerdotisas eran sus representantes en los templos y cumplían la labor fundamental de realizar el acto sexual para la purificación espiritual.

Basta sólo con imaginar por un minuto la coexistencia del dios omnipotente y creador del mundo y la humanidad con la idea de la diosa, creadora de la vida y omnipresente, y preguntarnos ¿qué cambios se pueden generar en nuestras propias identidades y formas de estar en el mundo? Nada más ni nada menos que el paso de salir de la nada, de la inexistencia, para ser coautora de la vida, en todas sus manifestaciones.

El dominio del conocimiento

Soberanía y conocimiento son dos términos que han ido siempre de la mano. Por un lado, la soberanía se relaciona

⁵ <http://library.jid.org/>.

con los sujetos que ejercen el poder y con las concepciones o doctrinas ético-filosóficas que lo sustentan. Por otro lado, está la soberanía espiritual, es decir, el reconocimiento del dios o de las diosas como ordenadoras de la creación, con profundas incidencias en las organizaciones políticas y sociales. En cualquiera de estos dos casos, la soberanía va unida a la idea de un conocimiento particular que legitima un orden del mundo. Por eso, siempre será importante preguntarnos por el tipo de conocimiento que queremos construir para que ordene nuestra vida.

En cuanto a esta relación entre soberanía y conocimiento: *“La diosa madre, donde quiera que se encuentre, es una imagen que inspira una percepción del universo como todo orgánico, sagrado y vivo, de la que ella es el núcleo; es una imagen de la que forma parte, como sus hijos, la humanidad, la tierra y toda forma de vida terrestre. Todo está entrelazado en una red cósmica que vincula entre sí todos los órdenes de la vida manifiesta y no manifiesta, porque todos ellos participan de la santidad original”*⁶.

Esta concepción sobre el universo y los seres humanos, está íntimamente relacionada con lo que Edgar Morin afirma en cuanto a la naturaleza humana. Para él: *“Somos resultado del cosmos, de la naturaleza, de la vida, pero debido a nuestra humanidad misma, a nuestra cultura, a nuestra mente, a nuestra conciencia, nos hemos vuelto extraños a este cosmos que nos es secretamente íntimo. Nuestro pensamiento y nuestra conciencia, los cuales nos hacen conocer este mundo físico, nos alejan otro tanto. El hecho mismo de considerar racional y científicamente el universo nos separa también de él. Nos hemos desarrollado más allá del mundo físico y viviente. Es en este más allá que opera el pleno desplegamiento de la humanidad”*⁷.

En este sentido, la imagen de la diosa nos invita a rescatar la unidad del ser en sus dimensiones tanto materiales como inmateriales. En la diosa se congregan cultura y biología para crear la identidad y la alteridad. La diosa nos propone encadenar las dimensiones psicosocial (autonomía) y biológica (cuerpo) y fusionar la dualidad femenino-masculino, para rescatar la unidad interior de nuestro ser en el mundo.

Rescatar la unidad del ser implica, además, repensar el cuerpo por fuera de las concepciones disciplinarias que lo fragmentan. Para Edgar Morin: *“... lo humano se ha dislocado; su dimensión biológica, incluyendo el cerebro, está encerrada en los departamentos biológicos; sus dimensiones psíquica, social, religiosa, económica están relegadas y separadas las unas de las otras en los departamentos de ciencias humanas; sus caracteres subjetivos, existenciales, poéticos se encuentran acantonados en los departamentos de literatura y poesía. La filosofía que es, por naturaleza, una reflexión sobre todos los problemas humanos se volvió a su vez un campo encerrado en sí mismo”*⁸.

Esta fragmentación del conocimiento, nos hace volcar la mirada hacia el concepto de religión: re-ligare, volver a unir lo que se ha separado. Las religiones son construcciones humanas que tratan de resolver preguntas existenciales colmadas de misterios y asuntos desconocidos, relacionados con los diferentes momentos del ciclo vital de los seres humanos: ¿por qué hemos de negarle a la religión un lugar en el conocimiento de lo que somos?, ¿por qué hemos de renunciar a una forma de sabiduría humana y considerarla menos apta para entender y vivir nuestras realidades?

La invitación de la filosofía de la diosa es a indagar las religiones que versan sobre los misterios consagrados en torno al ciclo de la vida: el nacimiento, el crecimiento, la sexualidad, el matrimonio, la muerte y el renacimiento, para así crear una mirada sistémica que nos permita ver el todo en las partes y las partes en el todo, para que nos permita concebirnos de manera relacional y no aislada los unos de los otros. Es una invitación a desplegar nuestro derecho a la imaginación y a la creatividad cultural para reforzar la identidad y re significar la corporeidad.

Retomar las religiones y sus mitos como fundamento filosófico de la vida es una puerta para trabajar la autonomía y la ciudadanía desde la dimensión de las ideas, sentimientos y deseos que orientan la existencia, y no sólo desde la dimensión formal de la política, la participación y la inclusión democráticas. Es la invitación a romper con la idea de que lo único que nos caracteriza como ciudadanos es la racionalidad y dar el paso a reconocer que son nuestros deseos y pasiones los que mueven ese mundo interconectado, en el cual nos hacemos seres plenamente humanos.

6 <http://library.jid.org/>.

7 Morin (1999) *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. UNESCO, Francia, p. 23.

8 Edgar Morin, op. cit., p. 17.